

FINLANDIA

Me preguntas de dónde sale un espectáculo

Roger Bernat

Siempre pides más explicaciones. Para los periodistas, para los programadores, para el *inocente público*. Como si el espectáculo fuera una extraña máquina que necesita un manual de instrucciones en 14 idiomas. Como si la enciclopedia británica fuera el manual de instrucciones del planeta tierra y después de leerla pudieras disfrutar más de la vida. O algo así. Uno de los juegos de ordenador que más me gustaba era aquel en el que aparecías en un extraño planeta sin ningún cometido. Tu personaje lo único que hacía era pasear y encontrar pistas de algo que desconocía. Quizás es lo que me pides que haga, que vaya dándote algunas pistas de un misterio que quizás no tenga sentido resolver.

Es como estos locos de los trenes en miniatura que hacen maquetas gigantescas e hiperreales. Me los imagino horas enteras encerrados en una habitación viendo pasar sus trenes de juguete en posición *automático*. ¿Qué es lo que los moverá a estar ahí parados? Hago espectáculos con la misma intención. Construir, esperar que funcione y luego mirar. Nada se revela mientras miro pero es un rato en el que las cosas parecen cobrar sentido. Durante el centenar de minutos que dura el espectáculo hay un delicado equilibrio que se expresa sobre el escenario. No se trata de una trama, no es que haya ninguna historia que explicar, es más bien como si el ruido, de repente, se organizara. Sólo en un par de espectáculos pretendí que ese delicado orden cobrara un significado, sólo un par de veces pretendí que todos supiéramos realmente de qué iba todo aquello (todo *esto*), que ese orden se convirtiera en un sistema. Son espectáculos fallidos. Lo que es bello es el orden sin definición, sin mensaje.

Los aficionados a los trenecitos construyen grandes paisajes inspirados en las montañas suizas. Imagino que allí reside la idea de mundo perfecto, donde incluso el detalle del incendio en la buhardilla de una de las casas es digno de ser contemplado como parte de un todo en equilibrio. Mientras, los trenes siguen girando. ¿Qué es lo que me apetece mirar a mí? ¿Qué es lo que vale la pena poner sobre un escenario? Lo pienso durante un rato. Luego otro rato, y finalmente me doy cuenta de que lo que me gusta poner sobre un escenario es lo que no se mantiene de pie, lo que todavía no está del todo formado, lo que es imperfecto. Quizás por eso rara vez trabajo con actores *de método*.

Debería ser un poco más concreto. Voy a hacer una lista de las cosas que me gustaría ver sobre un escenario:

- Un bosque de abetos en Finlandia.
- Una persona que duda.
- Alguien que habla un idioma que no entiendo.
- Un manual de flotabilidad.
- Un diálogo entre una nube, una roca y un cuervo que pasa volando.
- Un prostíbulo vacío con sus músicas y sus luces de colores.
- Las cartas que escribí sin saber que iban a formar parte de un espectáculo.
- Un camping nudista.
- Un entrenador de natación sincronizada con capacidad para entrenar a la humanidad entera.

A partir de esta lista llego a las siguientes conclusiones:

- Empezar por la escenografía.
- Seguir por la gente que tiene que estar allí.
- Luego, excitar esa realidad. (No esperar a que se manifieste sino crear las condiciones para que se exprese).
- Pensar en lo que todo aquello debería contar.
- Redactar *Las Reglas del Juego* para los actores.
- Finalmente, jugar.